

## LOS AMIGOS DE ALFONSO REYES \*

El egoísmo manda morir primero que los seres amigos, por no sufrir ese desgarrón en el ánimo; Alfonso Reyes hasta en esto fue generoso; se dejó morir al final, cuando ya sus más entrañables lo habían abandonado y él mismo se sintió desfallecer de cuerpo presente en cada uno de ellos, además de haber padecido experiencias mortales en carne propia, como aquella vez en que se creyó morir.<sup>1</sup> Un hombre como él, que se pasó la vida escribiendo públicamente en prosa y verso, es natural que haya confiado a los ojos ajenos el testimonio personal de los golpes que la muerte le dio en sus amigos queridos: discursos fúnebres o conmemorativos, elegías, recuerdos o memorias, menudean en los volúmenes publicados de sus *Obras completas*.

Pero Reyes dejó también el rasgo íntimo de sus duelos en un *Diario* que hasta ahora sólo ve la luz parcialmente (*Diario. 1911-1930*. Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 1969). Sin embargo, un grupo de amigos (Joaquín Díez-Canedo, Arnaldo Orfila Reynal, Alí Chumacero, Manuel Calvillo y algún otro) tuvimos acceso al *Diario* de Reyes, a pocos días de su muerte, y alguien propuso, para inferir la calidad autobiográfica y literaria del texto, con vista a una posible publicación, hacer en él ciertas calas cronológicas que sin duda la comprobarían. Quienes asistimos a esa prueba formamos en seguida, a sugerencia de Manuelita Reyes, la viuda, una Sociedad de Amigos de Alfonso Reyes, ente de peculiares vínculos con la vida y la obra del escritor. Los ahí presentes no imaginaron nunca que las entradas del *Diario*, convocadas por ellos mismos, constituían el documento primordial de otra Sociedad de Amigos de Alfonso

\* Conferencia pronunciada el día 14 de mayo de 1969 en la Escuela de Letras de la Universidad Iberoamericana, durante la celebración de la Primera Semana de Letras organizada para conmemorar el XXV aniversario de la fundación de la Universidad.

<sup>1</sup> "Cuando creí morir", fechado en enero de 1953 y publicado póstumamente en *México en la Cultura*, 3 de enero de 1960, núm. 564, pp. 1 y 12.

Reyes, de existencia más firme aún, por más que esos amigos hubieran desaparecido antes que el mismo Reyes.

Las entradas del *Diario*, consultadas en desorden, según aparecieron ciertas fechas en la memoria de los amigos, aquí se examinarán en estricta cronología y, publicadas por vez primera, servirán para mostrar el núcleo afectivo de que brotaron otras páginas de Reyes, bien conocidas y estimadas ya. No siempre puede ofrecerse al público un experimento literario y vital como éste; aunque el escriba o redactor de estas noticias voluntariamente ha limitado su previsión a la de armonizar los textos inéditos con la obra conocida de Reyes, para que el lector vea por sí solo el paso del mundo afectivo al literario, no desdeñará la historia particular de estas amistades, mientras la prudencia de la extensión lo permita. Pero ya que significaron tanto en el Alfonso Reyes íntimo que todos deseamos conocer, que se nos perdone por anticipado si no somos alguna vez demasiados lacónicos.

Los primeros amigos muertos que Reyes lamentó fueron Amado Nervo y Luis G. Urbina; cuando murió el primero, Reyes todavía no comenzaba su *Diario*, pero el material amistoso y la elegía pueden verse en sus respectivas *Obras completas*.<sup>2</sup> Las relaciones de Reyes con Urbina duraron más de un cuarto de siglo; por lo tanto su documentación es abundantísima. Las he referido en parte al comentar "Las dedicatorias manuscritas de Urbina".<sup>3</sup> El primer amigo español que Reyes perdió fue Enrique Díez-Canedo; los treinta años de frecuentación y epistolario han sido ya relatados por Bárbara Bockus Aponte,<sup>4</sup> que aquí se sintetizan hasta llegar al final elegíaco (6 de junio de 1944). Entre los amigos que Alfonso Reyes conoció y trató durante los diez años de su etapa madrileña (1914-1924), quizá ninguno tan entrañable para él como Enrique Díez-Canedo. Mayor que Reyes, también en diez años, amigaron pronto en la prensa literaria y en la vida cotidiana, de igual a igual. En el erudito Centro de Estudios Históricos y en las divertidas "Burlas literarias" de la revista *Índice* fraternizaron, sencillamen-

<sup>2</sup> Vols. II, pp. 1174-1184; y X, pp. 82-84.

<sup>3</sup> *Cuadernos de Bellas Artes*, Julio de 1964, pp. 28-34.

<sup>4</sup> *Boletín Alfonso*, Montevideo, invierno de 1966, pp. 3-6.

te. Opiniones y decires de Díez-Canedo, noticias de su cercanía, abundan en las *Simpatías y diferencias*. Ya de 1916 es la dedicatoria de *Rubén Darío en México*, toda una carta, aunque todavía se impone el "usted". En 1920 envié Reyes el original de la *Sala de retratos*, de Díez-Canedo, a las ediciones de El Convivio, con un recado a Joaquín García Monge, su director, aquel costarricense ejemplar, que lo publicó de inmediato.

Por junio de 1924, estando Reyes en México, fue entrevistado sobre sus obras y proyectos. Una de sus "Respuestas" es bien reveladora de aquella alianza amistosa: "Dejé en Madrid —dice— los originales de un libro de ensayos breves que se llama *Calendario* . . . Mi amigo Díez-Canedo me hace el favor de corregir las pruebas. Quien haya hecho otro tanto para el libro de un compañero, sabe lo que debo a este hombre sin par." <sup>5</sup> Dos años más tarde, en París, tuvo Reyes una racha testamentaria y dirigió una "Carta a dos amigos", enero de 1926; a Enrique Díez-Canedo, en Madrid, y a Genaro Estrada, en México, da las instrucciones necesarias para la organización de sus obras en caso de muerte: "Atención, Enrique, por si muero en Europa. Atención, Genaro, por si muero en América. Porque ustedes han contraído ya, sin remedio, la enfermedad de ser mis mejores amigos en vida y en muerte. Conviene ponernos de acuerdo desde ahora. ¡Sufre uno tanto, después, para interpretar las voluntades del poeta muerto!" (*idem*, p. 475).

El destino quiso otra cosa, la contraria. Reyes fue el editor póstumo del mayor volumen de Díez-Canedo: *Letras de América* (1944). El antiguo compañero de aventuras editoriales en Madrid, veinte años antes, como la de los "Cuadernos Literarios"; el colega diplomático en el Buenos Aires de 1936; el que lo acogió en la Casa de España en México, desde 1939, escribió a su muerte unas páginas de prosa dolorida, "Ausencia y presencia del amigo", que todavía no figuran en las *Obras completas* de Reyes, pero que se publicaron en su día más de una vez. <sup>6</sup>

<sup>5</sup> *Obras completas*, IX, p. 451.

<sup>6</sup> *El Hijo Pródigo*, 15 de julio de 1944, núm. 16, pp. 9-10, y *Litoral*,

El propio día del deceso, escribió Reyes en su *Diario* inédito estos renglones, que luego juntaremos con el "Epicedio" en verso, dedicado a su amigo en el mismo mes: *México, martes 6 de junio, 1944. A las seis, reunión de creación del Centro de Estudios Literarios del Colegio de México. Hacia el final, llegó la noticia de la muerte de mi Enrique Díez-Canedo, que en vano quisieron ocultarme, de cuya casa vengo, con el alma deshecha.*

En la primera estrofa del "Epicedio", que Reyes sólo se atrevió a publicar cuatro años después,<sup>7</sup> ¿no hay como un eco de la ocultación de la noticia? *Brota, oscuro, entre las cruces, / canto, y vuela sin gemido / para que nada disuene. / Apaguen todas las luces, / hablen paso y comedido, / según conviene.*

Al día siguiente, escribió Reyes en su *Diario*: *México, miércoles 7 de junio, 1944... A mediodía enterramos a nuestro Enrique en el Panteón Español. Palabras de adiós de González Martínez... Escribí a Juan Ramón Jiménez y a Pedro Henríquez Ureña sobre la muerte de Enrique Díez-Canedo... En estas cartas a Juan Ramón y a Henríquez Ureña encontraríamos seguramente otras explosiones del corazón de Reyes, pero, como dijo Díez-Canedo de las cartas de Rubén Darío, "la hora del epistolario está todavía muy lejos".<sup>8</sup> Sin embargo, además de las páginas elegíacas de "Ausencia y presencia del amigo", que debieron ingresar en su día en *Grata compañía* (1948), junto a las dedicadas a Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña, Reyes dejó otros recuerdos, privados o públicos, sobre su amigo Díez-Canedo. En el *Diario*, por ejemplo, encontramos este breve apunte: *México, martes 11 de marzo, 1952. Tarde: visita de Sol Arguedas de Rubin. Me acordé de "La visita del sol", libro de mi pobre Enrique Díez-Canedo.* Al cumplirse el primer decenio de la desaparición del amigo español, Reyes escribió una carta a Julián Calvo, para que éste la leyera en el*

agosto del mismo año, número especial del homenaje a Díez-Canedo, pp. 37-39.

<sup>7</sup> *Rueca*, verano de 1948, año V, núm. 18, pp. 3-4; *Obras completas*, X, 223-224.

<sup>8</sup> *Letras de América*, p. 80.

homenaje que el Ateneo Español de México le tributaría en ese aniversario; la ha publicado completa Bárbara Bockus Aponte, y de ella extraemos estos renglones como remate:

Hace diez años que se nos fue nuestro inolvidable Enrique Díez-Canedo, y con él, se nos fue un tesoro, cuyo valor cada día se aprecia más... Enrique ha sido mi primer amigo de Madrid. Lo conocí a fines de 1914, cuando la resaca de la vida me llevó a la tierra española. Lo perdí en junio de 1944, cuando a él lo había traído entre nosotros una catástrofe semejante. Los treinta años de feliz amistad que nos unieron, de íntimo trato, de afinidad, ora en Madrid o en París, ora en Buenos Aires o en México, representan a mis ojos unos de los dones más nobles que debo a mi buena fortuna, una de las experiencias más puras y hermosas de mi tránsito entre los hombres.

No pasarían dos años de la muerte de Díez-Canedo sin que Reyes sufriera una pena semejante con la pérdida de Antonio Caso, su amigo y compañero desde los tiempos de la Escuela Nacional Preparatoria y del Ateneo de la Juventud, de la Sociedad de Conferencias y de las Veladas de Santa María. El Reyes de Madrid, en dos ocasiones por lo menos, recordó esa época de su primera juventud, en que Caso presidía la nueva hornada, no por su edad, pues nacido en 1883 era apenas el hermano mayor, sino porque "su elocuencia, su eficacia mental, su naturaleza irresistible, lo convertían en el director de la juventud".<sup>9</sup> En la "Dedicatoria" de *El Suicida*, dirigida a "aquella generación de jóvenes", se refiere a "la biblioteca de Antonio Caso, que era el propio templo de las musas" y a su "intenso fervor mental". (*Idem*, III, p. 302). A mediados de 1924, Reyes regresó temporalmente a México, en espera de un nuevo destino diplomático; Caso lo recibió entonces con palabras ejemplares, que equivalían a una consagración nacional.<sup>10</sup>

A su vuelta definitiva a México, Reyes redactó aquel arranque de memorias que constituye *Pasado inmediato*,

<sup>9</sup> *Obras completas*, IV, p. 305.

<sup>10</sup> *Páginas sobre Alfonso Reyes*, I, Monterrey, Universidad de Nuevo León, 1955, pp. 64-67.

donde el nombre de Antonio Caso aparece constantemente, ya como fecha histórica, ya como caracterización del quehacer filosófico más elevado: "No hay una teoría, una afirmación o una duda que él no haya hecho suyas siquiera un instante, para penetrarlas con aquel íntimo conocimiento que es el amor intelectual".<sup>11</sup> Compañeros también en la edad madura, fueron ambos fundadores de El Colegio Nacional; y, a la muerte de Caso, tocó a Reyes, a nombre de ese instituto, darle la despedida en la tumba y decir el discurso en el homenaje del 6 de junio de 1946. Veamos estos hechos en el *Diario de Reyes: México, miércoles 6 de marzo, 1946... Alfonso Caso departía alegremente con nosotros. Al llegar a su casa, se encontró con Antonio que, tras dos ataques consecutivos de angina de pecho, murió hacia las 7 p. m. Ahora son las dos de la madrugada del jueves 7. Vuelvo de casa de mi Antonio abrumado de pena. ¡Todo lo que se me va con él, y también a nuestro país, no es para dicho!*

Sin embargo, tuvo que decir unas palabras improvisadas en el sepelio, que quizá sean, reconstruidas, las que, fechadas en el mismo marzo de 1946, aparecieron en *Cuadernos Americanos* de mayo-junio, con el título de "En memoria de Antonio Caso."<sup>12</sup> Algunas frases de esta pieza proceden sin duda del empuje oratorio, por la construcción oral y el sentimiento a flor; también por un *también*, que se desliza sin mayor lógica en el texto escrito y que sí tenía su razón íntima en el orador, que no mucho antes sufrió la pérdida de otro amigo singular: "No contábamos con que también Antonio Caso había de morírsenos. Acabábamos de dejarlo en plena salud... Valíamos más, porque él nos acompañaba. Nos consolaba que existiera, que estuviera aquí, al alcance de la mano."<sup>13</sup> Otros pasajes parecen elaborados *a posteriori*, como los que intercalan citas del propio Reyes, opiniones sobre Caso que ya figuran en "Rubén Darío en México" y en la "Dedicatoria" de *El Suicida*, que ya referimos. Otro, llega incluso a recordar el momento del entierro, si bien

<sup>11</sup> *Obras completas*, XII, p. 205.

<sup>12</sup> *Obras completas*, XII, pp. 153-156.

<sup>13</sup> *Obras completas*, XII, p. 153.

para engarzar un verso del Sr. Mallarmé (*Le Tombeau d'Edgar Poe*): "Aquella tarde lluviosa, de crudos nubarrones y ráfagas inclementes, acompañamos al cementerio los restos del gran mexicano, que cada día aparecerá mayor y mejor, *tel qu'en lui-même enfin l'éternité le change.*"

Empero, lo más feliz de estas páginas brota de la última frase del *Diario*, que hemos citado arriba. Todo aquello que no era para dicho, trató Reyes de decirlo, por lo menos de decirlo, de esta suerte: "Con él se nos ha ido mucho más que un hombre, mucho más que un amigo: acaso una época, acaso una actitud de la mente y de la conducta... Inolvidable, para quienes disfrutamos el privilegio de su intimidad; el calor que comunicaba a nuestros ideales nacientes, en aquellos días de las campañas juveniles en busca de una cultura más humana y más generosa... Antonio Caso representa toda una era mexicana... A hombres como éste corresponde, de generación en generación, el evitar que se desgarre la tela, siempre en trama, de nuestra conciencia nacional. Así ha de contemplarlo la historia. Esta luz no puede extinguirse, y vivirá como fuego interno en el corazón de todos los mexicanos. Mucho tiempo ha de pasar antes de que el polvo se organice para construir otra figura semejante." <sup>14</sup>

Una observación, por muy lateral que sea, siempre vendrá bien para explicar el estilo de Reyes, aun en sus puntos más personales, como es el caso de la cita anterior. Una imagen casual (telar: conciencia nacional) puede tener en Reyes orígenes muy remotos en su obra o en la ajena, hasta llegar a perderse de vista. Procede por amplificación del sujeto y por trasmutación del material de la imagen; con certeza moral nos atrevemos a afirmar que esa eficazísima "tela, siempre en trama, de nuestra conciencia nacional" parte de uno de los *Motivos de Proteo*, de Rodó: "Mientras vivimos está sobre el yunque nuestra personalidad", pensamiento que encontramos subrayado por Reyes en el ejemplar autografiado que le envió el uruguayo en 1909 y que citó Reyes de memoria a lo largo de su obra copiosa. <sup>15</sup> *Al yunque se*

<sup>14</sup> *Obras completas*, XII, pp. 153-155.

<sup>15</sup> *Obras completas*, IV, p. 273; VI, p. 324; XIII, p. 97; y XVII, p. 478.

titula precisamente uno de sus libros póstumos (1960), ensayos en su mayor parte sobre la creación literaria.

*México, miércoles 13 de marzo, 1946... El pasado jueves 7 de marzo, 1946, enterramos a Antonio Caso. Hablé en su tumba breves palabras improvisadas a nombre del Colegio Nacional y del Colegio de México. Me fui a Cuernavaca a descansar. La pena no me deja. Volví antes de ayer, y desde ayer tarde mi salud da tumbos.*

*México, domingo 12 de mayo, 1946. Apenas acabo de preparar un elogio de Antonio Caso para descubrir dentro de unos días su retrato en El Colegio Nacional, cuando —ocupado gratamente en traducir fragmentos de la Chanson de Roland— ¡me llega la noticia de la muerte súbita, en Buenos Aires, de Pedro Henríquez Ureña! Me voy quedando como la espiga de Heine, olvidada por el segador en medio del campo. Pedro falleció ayer día 11. De noche, visita de Alfonso Caso para convenir en algunas medidas que México debe tomar en vista de este duelo. Naturalmente, me he pasado la tarde enfermo. Telegrafando pésames a Isabel y a Max, etc.*

Señalemos de paso que los duelos referidos afectan la salud de Reyes, pero no deja de trabajar en lo suyo como fue su costumbre. A los dos meses justos de darnos noticia de las "breves palabras improvisadas" en la tumba de Caso, que creemos reconstruidas bajo el título de "En memoria de Antonio Caso", lo hallamos dejando apenas la pluma con que escribió el discurso en "Honor a Caso", que pronunciaría el 6 de junio de 1946 en El Colegio Nacional, homenaje efectuado a los tres meses de muerto el filósofo mexicano, ocasión en que se descubrió su retrato hecho por José Clemente Orozco. Ambas piezas oratorias de Reyes pasaron a su libro *Grata compañía* en 1948.<sup>16</sup> La última ofrece en una página tres asuntos que deseamos tratar por separado.

Hace poco, mi amigo Henríque González Casanova me ha llamado la atención sobre un aspecto de la obra de Reyes que la crítica ha descuidado: su contacto sapiente y cordial con las artes plásticas, particularmente con la pintura y el dibu-

<sup>16</sup> *Obras completas*, XII, pp. 153-156 y 157-162, respectivamente.

jo, que a veces llega al mimetismo descriptivo de la más subida calidad. En "La vida en la obra de Alfonso Reyes"<sup>17</sup> he subrayado cierto procedimiento pictórico de Reyes, a propósito de "La moza del turbante" de Vermeer de Delft, suerte de "trasposición" visual llevada a la literatura, que linda con el poema en prosa, como quisieron los modernistas. Tales aciertos son numerosos en Reyes, en prosa y verso, y es tiempo ya de echar una mirada sobre ellos.

Por el fragmento citado del *Diario* hemos visto que Reyes ya sabía que sus palabras en "Honor de Caso" se pronunciarían en El Colegio Nacional momentos antes de la develación del óleo de Orozco; y dada su amistad con el pintor, es indudable que haya visitado su estudio con anticipación y detenimiento suficientes para hacer por adelantado en la ceremonia una tan eficaz y activa "memoria" del retrato. Como documento secundario no podemos evitar aquí un testimonio personal: una de las primeras veces que vi a Reyes, venía él conversando dramáticamente con Orozco por la Alameda de México. González Casanova, que me acompañaba en ese momento, me ha refrescado la fecha de ese encuentro inolvidable: abril de 1945, cuando se cernía sobre México la Conferencia Panamericana de Chapultepec, origen de la desasosegada actitud de esos dos Grandes del Espíritu. Veamos cómo Reyes supo retratar el arte y el retrato de sus amigos: "Hoy es ya [Antonio Caso] un retrato en la galería de los varones ilustres. Y el pincel de José Clemente Orozco ha captado —como él sabe hacerlo— aquel instante magnético en que se fruncían los labios de Antonio; la cara, en toda su hispida bravura, se entregaba a la confrontación de esa Medusa que es la idea; y mientras germinaba la saeta de la palabra justa, la ardiente mirada parecía templar el arco. Admiraréis, en la efigie que ahora va a descubrirse, la tensión religiosa, el patetismo profético que, de pronto, animaban al muñeco humano con aquellas amenazas divinas de que habla en diálogo platónico."<sup>18</sup>

El párrafo siguiente nos revela aquel *también* que pendía

<sup>17</sup> *Humanitas*, Monterrey, 1961, núm. 2, pp. 356-357.

<sup>18</sup> *Obras completas*, XII, p. 161.

de un sujeto no declarado en la primera pieza fúnebre sobre Antonio Caso, y, aún más, nos lleva al laboratorio íntimo del propio Reyes, pues el 12 de mayo de 1946, según lo hemos visto, ya daba por terminada su oración en "Honor de Caso", y se reponía *gratamente* con la traducción de unos fragmentos de la *Chanson de Roland*, cuando le llegó la noticia de la muerte de Pedro Henríquez Ureña; así que tuvo que reanudar, más bien prolongar, la oración que había concluido con la trasposición del retrato de Caso por Orozco, para rendir tributo público a sus amigos desaparecidos: "La muerte ha sido cruel, en estos últimos tiempos, con las letras hispanoamericanas, y se ha cebado singularmente en sus portaenseñas. No es ocasión de levantar una lista fúnebre, pero no resisto a la tentación de mencionar, en estos momentos, siquiera los nombres de otros dos compañeros que se nos han ido quedando en las posadas del camino. Hace poco, fue nuestro Enrique Díez-Canedo, el americano de España. Y hace todavía menos, mientras se redactaban estas líneas, nuestro Pedro Henríquez Ureña, el dorio de América, cuya evocación es aquí, de veras, inevitable, por los muchos vínculos juveniles que lo unieron con Antonio Caso" (*Idem*).

Si en el *Diario*, al saber la muerte de Henríquez Ureña, todo el sentimiento se vuelca en un recuerdo de Heine, que luego veremos historiado, en la cita anterior vale apuntar que la frase "el dorio de América" también tiene su historia particular. En *Pasado inmediato* (septiembre de 1939), Reyes, al evocar las virtudes intelectuales de Pedro Henríquez Ureña en la época del Ateneo de la Juventud y al citar algunos testimonios contemporáneos, dice escuetamente: "Díaz Mirón, que lo admiraba, le llamaba *el dorio*." (*Idem*, p. 205). Y en la "Evocación de Pedro Henríquez Ureña" (mayo de 1946), dando ese juicio por sabido, lo explicita de esta manera: "Es ya un lugar común que el estilo de Pedro Henríquez Ureña acertó a vencer las disciplinas del equilibrio dorio" (*Ibidem*, p. 168). Entre las dos últimas citas hay que situar, pues, "el dorio de América", que figura en el discurso en "Honor de Caso"; sin embargo, la semilla original de la frase procede de más lejos. En 1916 recoge

Reyes por primera vez el juicio de Díaz Mirón al referirse al "ambiente literario" existente a la llegada de Rubén Darío en septiembre de 1910: Henríquez Ureña no podía faltar. "Era, de todos, el único escritor formado, aunque no el de más años... Díaz Mirón, que lo admira, le llamaba *dorio*."<sup>19</sup> No se trata de una simple corrección de tiempos verbales, exigida por la muerte de Díaz Mirón en 1928, fecha intermedia entre 1916, en que se redacta "Rubén Darío en México", y el 1939 de *Pasado inmediato*; se cumple aquí un proceso paradigmático: un dorio, el dorio, el dorio de América. Así crecen o proliferan en Reyes los bienes propios o los dones cercanos.

Como ejemplo análogo viene a cuento la relación pome-norizada de "la espiga de Heine" (*Die Nordsee, in fine*), que se presenta por vez primera en una serie de artículos históricos que sobre el siglo XIX publicó Reyes en *El Sol* de Madrid (1919-1920); en 1952 vinieron a constituir la *Historia de un siglo*, cuyo capítulo XIII (7 de agosto de 1919) dice así al final del primer párrafo: "Y entonces, como la espiga de Heine que el segador ha olvidado en mitad del campo, se destacó de pie entre aquella multitud implorante la figura del rey Federico Guillermo de Prusia, el monarca luterano, que no hallaba dónde poner los ojos."<sup>20</sup> De un asunto histórico lejano, pasa la imagen a ilustrar uno de los pasajes más íntimos de la pluma de Reyes; el último párrafo de la *Oración del 9 de febrero* [de 1913, muerte de su padre el general Bernardo Reyes], escrito once años después que el capítulo citado, en el primer Buenos Aires, 20 de agosto de 1930, reza de esta manera (y el verbo no es lugar común, porque se trata de una *Oración*): "Cuando la ametralladora acabó de vaciar su entraña, entre el montón de hombres y de caballos, a media plaza y frente a la puerta de Palacio, en una mañana de domingo, el mayor romántico mexicano había muerto. Una ancha, generosa sonrisa se le había quedado viva en el rostro: la última yerba que no pisó el caballo de Atila; la espiga solitaria, oh Heine, que se le

<sup>19</sup> *Obras completas*, IV, p. 305.

<sup>20</sup> *Obras completas*, V, p. 140.

olvidó al segador.”<sup>21</sup> Abramos ahora el *Diario*, a 12 de mayo de 1946: *¡Me llega la noticia de la muerte súbita, en Buenos Aires, de Pedro Henríquez Ureña! Me voy quedando como la espiga de Heine, olvidada por el segador en medio del campo.* Y volvamos luego al texto interrumpido o continuado cuando llegó la noticia: “Y hace todavía menos, mientras se redactaban estas líneas, nuestro Pedro Henríquez Ureña, el dorio de América... La muerte reclama cada día más lugar en nuestro pensamiento, y empezamos a sentirnos como aquella espiga de Heine, olvidada por el segador en mitad del campo.”<sup>22</sup> La yerba pisada por el caballo de Atila nos llevaría más lejos.<sup>23</sup> Todo esto es más que un *leit-motiv*; son los datos que requiere una estilística en profundidad, lejos aún de avizorar.

*México, viernes 17 de mayo, 1946: Cumplí 57 años. Escribí una “Balada de los amigos muertos”, villonesca, prosaica y sentida, pensando en E. Díez-Canedo, A. Caso y P. Henríquez Ureña.*

Aunque la “Balada” figura en la *Constancia poética* de Reyes, a esta hora es necesario citarla, restringiéndonos a los versos más sentidos a nuestro parecer y dejando lo villonesco y prosaico en puntos suspensivos (*Obras completas*, X, pp. 225-226):

... No son los años, que yo no me arredro,  
 los que me traen dolor y desmedro:  
 son los amigos que el tiempo me roba.  
 Tras de las puertas arrima su escoba,  
 y ahuyenta a Antonio y a Enrique y a Pedro.  
 Me voy quedando sin más compañía  
 que las reliquias y que los retratos.  
 ¡Claras memorias, dulcísimos ratos! ...  
 ¿Dónde se fueron tan plácidas horas?  
 ¡Llora, alma mía, que es justo si lloras!  
 ¿Adónde están Pedro, Antonio y Enrique?  
 ... ¿A dónde estáis, regocijos de un día?  
 ¿A dónde están Pedro, Enrique y Antonio? ...

<sup>21</sup> Edición póstuma, México, Era, 1963, p. 23.

<sup>22</sup> *Obras completas*, XII, p. 161.

<sup>23</sup> *Obras completas*, VIII, p. 165, y XI, pp. 189 y 470.

Musa que escuchas sellados los labios:  
suelta el lamento y entona el responso.  
De Antonio y Pedro y Enrique y Alfonso,  
perdura el necio, perecen los sabios.

No eran los años, los 57 que cumplía ese 17 de mayo de 1946 en que escribió su "Balada", los que le traían "dolor y desmedro", sino la muerte de sus amigos, como se ve por las anotaciones del *Diario*. Desde el 6 de marzo, día de la muerte de Caso, se vio como acosado por la pena moral de su pérdida y por los consiguientes males de la salud, hasta el 31 de mayo, fecha en que lee la "Evocación de Pedro Henríquez Ureña" y busca tabla de salvación en la escritura de sus memorias. Tres meses de constante duelo en el corazón, removido aún más por la expansión de la oratoria fúnebre o por la íntima "Balada de los amigos muertos", lo hacen apuntar muy brevemente, en la última fecha, las actividades del día. Sin la menor efusión, ya cansado por el dolor y sus rememoraciones, Reyes deja ver apenas en escuetos rasgos el paso psicológico que va de la lectura elegíaca para el público a los recuerdos juveniles que se vierten ya en memorias personales.

*México, viernes 31 de mayo, 1946: Acto en Bellas Artes, de la Secretaría de Educación [Pública], en honor de Pedro Henríquez Ureña, donde lei mi "Evocación de Pedro Henríquez Ureña". Trabajando mucho en mis memorias.*

Aquella "Evocación de Pedro Henríquez Ureña", fechada en mayo de 1946, fue escrita seguramente entre el día 12, en que de noche recibió la visita de Alfonso Caso "para convenir en algunas medidas que México debe tomar en vista de este duelo", las cuales se concretarían en la velada de Bellas Artes, donde Reyes leyó su "Evocación" el día 31, y en el breve volumen de *Páginas escogidas*, de Pedro Henríquez Ureña, que llevan como prólogo la "Evocación" (México, Secretaría de Educación Pública, 1946, pp. III-XIV; Biblioteca Enciclopédica Popular, núm. 109), y poco antes del acto de Bellas Artes, o, más posiblemente, entre el 17, fecha de la "Balada" y el 31, noche de la lectura de la "Evocación"; aunque el hecho de que el colofón de las *Pági-*

*nas escogidas* lleva también fecha del 31 de mayo de 1946, induce a pensar que esa pieza de Reyes fue concluida y entregada a las prensas por lo menos unos días antes del fin de mes.

Ya sabemos que la "Evocación de Pedro Henríquez Ureña" pasó a *Grata compañía* en 1948 y después al volumen XII de las *Obras completas* de Reyes; en lo que no hemos reparado es en que esa "Evocación" desató el flujo de memorias juveniles de Reyes, porque toda ella es, en efecto, el testimonio de su amistad con Henríquez Ureña y el reconocimiento de sus deudas intelectuales para con él, de tal manera que al encontrar a Reyes el 31 de mayo "trabajando mucho en mis memorias", no hacía más que proseguir el natural movimiento de la pluma al impulso de las remembranzas. Al referirse Reyes a aquel despilfarro generoso de Henríquez Ureña en favor del aprendizaje de sus amigos y discípulos, señala "algunas aficiones, y desde luego, la epistolar... Sus cartas, de que quedan por ahí volúmenes...",<sup>24</sup> como una continuación devota del magisterio perenne del maestro dominicano. Cómo no iba a recordar Reyes que entre Henríquez Ureña y él se intercambiaron un poco más de tres centenares de cartas, que en verdad dan para un volumen ejemplar, caso único por el número y la calidad en el inmenso epistolario de Reyes.

Caso también único, entre todos los escritos de Reyes, aquel que él mismo nos narra en su artículo "Encuentros con Pedro Henríquez Ureña" (septiembre de 1954): "... lo tengo junto a mí para siempre, desde aquel día de mayo, 1946, en que se derrumbó repentinamente durante uno de sus diarios viajes de Buenos Aires a La Plata. Desde ese día, no se me aleja. Hablo con él y lo interrogo. Y cuando quiero quejarme del mundo, le dirijo mensajes, como esa «Carta a una sombra» que distribuí entre mis amigos hace hoy precisamente un año" (*Marginalia*. Tercera serie: 1940-1959. México, El Cerro de la Silla, 1959, p. 22). Es decir que el epistolario siguió después de la muerte y que esta última carta de Reyes para Henríquez Ureña sólo circuló

<sup>24</sup> *Obras completas*, XII, p. 166.

en vida de Reyes privadamente; como homenaje póstumo a ambos maestros, ha publicado esa "Carta a una sombra" Emmanuel Carballo en su "Diario" del suplemento literario *Diorama de la Cultura* (*Excelsior*, México, 13 de noviembre de 1966).

Por su parte, Henríquez Ureña fue de los primeros en reconocer las virtudes literarias de Reyes en sus "Días alciónicos" (enero de 1908; pieza recogida después en *Horas de estudio*).<sup>25</sup> De lejos y en inglés escribió "A mexican writer",<sup>26</sup> sobre el Reyes poeta y el ensayista de *El Suicida* y de la *Visión de Anáhuac*. De la época bonaerense data el ensayo sobre "Alfonso Reyes" y toda su obra hasta esa fecha, pero insistiendo siempre en el Reyes poeta, ahora dramático en *Ifigenia cruel*.<sup>27</sup> Páginas de juicio intachable, que no excluyen el recuerdo jugoso de la primera juventud compartida ni la revelación de la "historia íntima" en la *Ifigenia*, pero sin compadrazgo de amigo o de colega, de lo que era incapaz "el dorio de América".

La "Carta a una sombra", aunque referida a la circunstancia política argentina de 1953, contiene movimientos afectivos y procedimientos peculiares y permanentes en el Reyes de la madurez. Desde luego, el título está relacionado con el final o despedida de la carta, y ambos a su vez con la XI rapsodia de la *Odisea*, muy presente en el tratadista de *Religión y Mitología* griegas que por entonces acometía esos trabajos: "Mi inolvidable Pedro Henríquez Ureña: A ti que pasaste en la Argentina tus últimos años y allá fuiste a morir, tras de marcar en México la imborrable huella de tu paso, a ti quiero dirigir mis quejas... Llegan de Buenos Aires muy tristes noticias... Al firmar esta carta, llegan todavía nuevas y lamentables informaciones... Te abrazo con el cariño de antaño, aunque te me escapes de entre los brazos, como a Odiseo el espectro de su madre."

<sup>25</sup> Paris, Ollendorf, 1910, pp. 3-5.

<sup>26</sup> The Minnesota Daily, Minneapolis, 19 de marzo de 1918, vol. XIX, núm. 80; recogido, pero no traducido aún, en la compilación de ALFREDO A. ROGGIANO, *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*, México, 1961, pp. 156-159.

<sup>27</sup> *La Nación*, Buenos Aires, 2 de julio de 1927; y después en los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, Babel, 1928, pp. 119-133.

No cabe mayor ternura. El Odiseo mexicano, con sentimiento filial, vuelca en el "espectro" o "sombra" ("sombra o sueño", dice la versión de Segalá, preferida por Reyes) de su amigo desaparecido las aflicciones que lo aquejan por el destino aciago de la Ítaca argentina que compartieron en dos temporadas. Inicuos pretendientes se han apoderado ya del palacio y cometen destrozos y fechorías. Reyes bajó al Hades para confiar estas miserias a su amigo, pero a la despedida, la sombra de Henríquez Ureña se le escapa, como Anticleia, "de entre los brazos".<sup>28</sup> Por esos mismos días, Reyes escribía en su *Religión griega* una frase análoga, pero nada afectiva, dentro de la circunspección del tema: "Odiseo trata de abrazar a la sombra de su madre, y ella se le va de los brazos, pues —explica el poeta— tal es la *dikee* (lo que sucede) cuando perecemos los mortales."<sup>29</sup>

Que se nos excuse la publicidad de estos fragmentos íntimos, en pro del conocimiento de ciertos modos espirituales de Reyes. Repito que no siempre se cuenta con indicios tan reveladores del ejercicio privado de un escritor. Los que el mismo Reyes llamó estímulos de la creación literaria pueden partir de los más diversos o encontrados horizontes de la realidad y el escritor de raza podrá aprovecharlos —ordenarlos, aquilatarlos y expresarlos— según la economía de su genio particular; pero si se conocen y estudian, pueden también revelar al neófito, al aficionado y aun al crítico, algunos secretos de la trabazón interna en que se conjugan la vida y la obra de un escritor, algo quizá más allá del mero examen de estilo y del proceso verbal acostumbrado.

ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ

Facultad de Filosofía y Letras.

<sup>28</sup> *Odisea*, XI, vv. 204-209.

<sup>29</sup> *Obras completas*, XVI, p. 101.